

RESEÑA DE LIBRO

El enigma de Gachi Hasper

Diego González

Hasper

Victoria Noorthoorn

José Emilio Burucúa

María Amalia García

Adriana Hidalgo,

2007

160 páginas

Hay preguntas que el arte ha dejado de escuchar. La pregunta por el lenguaje, por ejemplo. En tanto el arte del siglo XX combatía cualquier respuesta unívoca, su formulación quedaba sectariamente contenida en boca de especialistas. Hay otras preguntas, menos técnicas, que sí se escuchan, pero siempre al borde del descrédito. ¿Comunicación? Escapar a la jerga semiótica tiene el precio de la rápida asimilación a las jerigonzas de la publicidad, el periodismo y el entretenimiento. No es casual que lo mismo ocurra con la pregunta por la política: ¿cómo darle vuelta la cara a sus rostros profesionales?

Hasper, el tercero de los volúmenes coeditado por Adriana Hidalgo y Ruth Benzacar, está lejos de dar respuesta a estos dilemas; ni siquiera los plantea en voz alta. Pero, *sotto voce* para algunos o sin querer para otros,

los textos intercalados en las páginas que reproducen una parte sustancial de la obra de tres lustros de Graciela Hasper provocan su repiqueteo en el entendimiento del lector. Después de todo, como la misma artista señala: “el cuadradito en la Argentina no es lo mismo que el cuadradito en las estepas rusas y, a la vez, depende de las fechas” [p. 110]. Entonces, ¿cómo fue que Hasper, una *artista de los noventa, parte de una generación huérfana con tutores mudos*, según las cómodas convenciones del caso, llegó (o vino) a pintar *cuadraditos en argentino*? En “Hasperiana”, el ensayo que abre el volumen, Victoria Noorthoorn aísla algunos de los acentos presentes en esa voz laboriosamente construida. Así distingue entre una Hasper modernista, una barroca y otra posmoderna. Luego, José Emilio Burucúa propone una hermenéutica consecuente con la historiografía cultural de Aby Warburg: “a fuerza de explorar una geometría óptica de procesos lineales y cromáticos, a fuerza de apropiarse de sus principios, teoremas y corolarios por la vía de su resolución visual, (...) Graciela Hasper ha recreado estéticamente la geometría microscópica y real de la vida” [p. 60]. Entre la digresión y el rodeo, su ensayo concluye, *saludablemente*, donde otros hubiesen empeza-

do. Porque antes que a la forma del lenguaje, el *sistema moderno del arte geométrico*, Bucurúa apunta al *pathos* particular que provocan “las formas lineal-cromáticas, las órbitas multicolores y superpuestas, los anillos concéntricos de colores saturados, las proyecciones transparentes de los hiper-cubos, los papeles plegados y recortados...”: gozos lúdicos y lúdicos que permiten “imaginar (...) que una vida sin dolor es posible” [p. 61]. Por las vicisitudes de un grupo y una generación, discurre “Formas de continuidad”, la entrevista con Hasper de María Amalia García. También aquí se revisa el espíritu personal y grupal del uso de la abstracción, pero lo decisivo resulta su proyección en formas diversas de intervención institucional. Desde su rol de promotora de residencias artísticas hasta sus proyectos de modificación del entorno urbano, pasando por la edición del libro dedicado a la figura de Lilitiana Maresca¹, se suceden soluciones particulares a *gaps* de distinto tamaño, en apariencia universales, que señalan con precisión algunas de las contingencias de la práctica artística en la Argentina: la ambigua y bienvenida necesidad

de crear espacios institucionales que a su vez permitan llevar el arte a otras partes y la búsqueda de una genealogía contra una historia en la que solo parecen sucederse rupturas. En lo concreto, de esas contingencias habrá quienes puedan o quieran resignificar aquella observación, dolor mediante, acerca del carácter *todavía y pese a todo* festivo de la obra de Hasper. Cosa que se dejará, aquí también, apenas sugerida. Y quizá este sea el mérito mayor del libro. Durante sus primeros años de actividad editorial, Adriana Hidalgo anunciaba la pronta aparición de un volumen titulado *Arte argentino de los noventa*. El sucedáneo que ahora viene ofreciendo a quienes lo hayan esperado –con *Pombo* [ver **ramona 71**], *Kacero* [ver **ramona 76**] y *Hasper*– proporciona no pocas recompensas. Cuestionar más de un sentido común contenido en esa categoría a mitad de camino entre la periodización y el epíteto o reconstruir las formas en que esas personas se relacionaron entre sí a través de sus obras es, dado el persistente estado de la cuestión, necesariamente reconfortante.

¹ Graciela Hasper (ed.): *Lilitiana Maresca. Documentos. Selección de textos publicados e inéditos y de otros documentos sobre Lilitiana Maresca*; Libros del Rojas, Buenos Aires, 2006.